

Sociología en el espejo: ensayistas, científicos sociales y críticos literarios en Brasil y en la Argentina (1930-1970)

Alejandro Blanco y Luiz Carlos Jackson.
Quilmes: Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes, 2015, 272 pp.

Este libro es el resultado de un ambicioso programa de colaboración transnacional entre un investigador argentino y uno brasileño, ambos sociólogos de formación, ambos dedicados al amplio campo de la historia intelectual y con profusos antecedentes de investigación sobre los orígenes de sus propios campos de estudio.

El trabajo se presenta desde el título como un juego de contrastes y aproximaciones entre dos casos nacionales, según la procedencia de sus autores, pero es, más precisamente, un esfuerzo de comparación de lo sucedido en tres ciudades (Buenos Aires, San Pablo y Río de Janeiro) en el arco temporal en que la sociología se afianzó como una disciplina académica al promediar el siglo xx. Este proceso, que fue más o menos contemporáneo en toda América Latina, adquiere características precisas a partir del uso inteligente y sutil del método comparativo. De este ejercicio deriva el aporte más importante del libro y su enorme potencial como programa de investigación: la posibilidad de documentar con precisión algunas intuiciones más o menos extendidas acerca de la institucionalización de las ciencias sociales en nuestras universidades y, en un mismo movimiento, la necesidad de cuestionar radicalmente ciertas asunciones sobre el camino que supuestamente nos condujo, sin atajos ni desvíos, del antiguo ensayismo a la práctica moderna de estas disciplinas.

A lo largo de sus tres capítulos, la obra de Blanco y Jackson hace interactuar cuatro dimensiones fundamentales: «las tradiciones intelectuales, las organizaciones académicas, las coyunturas políticas y las trayectorias y obras de los agentes seleccionados» (p. 237). De todos modos, estas dimensiones aparecen desigualmente en cada sección, seguramente porque las historias que cuenta cada una resisten también este esquema, reclaman por momentos la incidencia de otros factores o devuelven la imperiosa contingencia de estos complejos procesos. Y los autores dejan que eso suceda.

El primer capítulo, quizás el más persuasivo, está dedicado a demostrar sin concesiones un pilar del sentido común sobre estos temas: que los primeros sociólogos que se proclamaron «científicos» lo hicieron en contra de las tradiciones locales del

ensayismo. En seguida, sin embargo, se muestra que esas afirmaciones de legitimidad científica fueron diferentes en cada país y en cada ciudad, en concordancia con las diversas trayectorias de sus instituciones educativas y sus ambientes intelectuales. De modo parecido, el segundo capítulo estudia la consolidación simultánea, entre los años cincuenta y sesenta del siglo pasado, de escuelas sociológicas modernas en San Pablo y Buenos Aires en torno a las figuras de Florestan Fernandes y Gino Germani, marcando siempre, con apego al método sociológico, las diferencias de orígenes sociales, formaciones curriculares, constricciones políticas, marcos institucionales y preocupaciones intelectuales de cada maestro y sus discípulos. El tercer y último capítulo hace un *detour* tan interesante como imprevisto (aunque se adelante en el título) para internarse en las relaciones entre crítica literaria y sociología. El análisis, centrado en dos personajes notables que no han sido frecuentemente comparados (Adolfo Prieto y Antonio Candido), no se dirige tanto a mostrar un deslizamiento de preocupaciones (que sería anticipable) como a enfatizar hasta qué punto el método de la nueva disciplina, ahora definitivamente legitimado, logró hacerse carne en una generación renovadora de críticos literarios sin mermar una especificidad fuertemente afianzada en la historia intelectual de la región.

En su conjunto, los tres capítulos dibujan las aproximaciones y divergencias entre regiones y disciplinas del conocimiento que desafían el encasillamiento en un patrón único. Para empezar, el dato básico de que mientras en Buenos Aires el sistema académico tenía una trayectoria y una solidez que databan de fines del siglo xix, las universidades brasileñas eran más recientes y estaban menos consolidadas. En seguida, otro aspecto conocido del ambiente porteño, al menos para los rioplatenses: la temprana consolidación de un mercado cultural predominantemente privado que permitió la profesionalización de la actividad intelectual y disputó espacios de influencia con las élites criollas previamente establecidas. Ya entrado el siglo xx, las demandas de ascenso social de los sectores medios de procedencia inmigrante hicieron posible la consolidación de fuertes instituciones académicas modernas. Allí fue donde la nueva disciplina sociológica pudo adquirir un lugar específico hacia los años cincuenta, desligándose de sus anteriores ataduras con las humanidades y el derecho. San Pablo compartió el sesgo demográfico de la capital argentina. Pero, paradójicamente, la debilidad precedente del sistema de educación superior brasileño habilitó una consolidación más rápida de la disciplina en el ámbito universitario con

fuerte presencia de profesores extranjeros y financiamientos internacionales que signaron desde los años treinta una agenda enmarcada en el haz autónomo de las ciencias sociales.

Se marca aun otro contraste entre los dos casos paradigmáticos de consolidación exitosa de escuelas sociológicas. Al momento de su apogeo, ambos programas estuvieron articulados en torno al tema de la modernización, acorde con el contexto de la segunda posguerra, pero sus líderes (Fernandes y Germani) llegaron allí por sendas cruzadas: «el brasileño caminó desde la ciencia hacia la política, en tanto que el argentino recorrió el camino inverso» (p. 170). Resulta especialmente estimulante la detección de las múltiples posibilidades de articulación entre compromiso político e institucionalización científica (algo que también ha sido notado para etapas algo posteriores en el trabajo de Fernanda Beigel, *Autonomía y dependencia académica: universidad e investigación científica en un circuito periférico, Argentina y Chile (1950-1980)*, Buenos Aires: Biblos, 2010). En este sentido, Blanco y Jackson señalan que, en el marco de la apertura que siguió a la caída de Perón en 1955, la estrecha imbricación política de la academia argentina jugó a favor del desarrollo de una sociología universitaria apegada al método científico pero necesariamente atenta a los problemas más acuciantes de su tiempo. Los paulistas, en contraste, transitaron con menos zozobra (incluso que los cariocas) desde temas «fríos» como el folkllore, más cercanos a la agenda internacional de la antropología, hacia asuntos «calientes» como la formación de la sociedad de clases, típicamente sociológico y candente en los años cincuenta y sesenta en toda América Latina.

A su vez, en Argentina, el ensayismo predecendente fue fundamentalmente literario y no historicosociológico, es decir, estuvo más preocupado por el tema de la identidad nacional que por el fenómeno de la modernización, clave en la agenda de las nuevas ciencias sociales, lo cual habría resultado en un grado menor de enfrentamiento entre ambas tradiciones. Las preocupaciones de las ciencias sociales brasileñas, en cambio, se mantuvieron más próximas a las de su ensayismo y por tanto más en explícita disputa. Los autores abren acá otra línea interesante de reflexión al remontar esas tradiciones a sus raíces decimonónicas: así como la crisis de independencia habría dado origen al temprano ensayismo argentino (referencia obligada a *Facundo* de Sarmiento), la producción propiamente literaria habría acompañado el menos dramático nacimiento del Brasil independiente. Recién con el cimbronazo de la transición del imperio a la república apareció

en ese país el ensayo como género del cuestionamiento y la duda. Esta insistencia en la diversidad histórica del ensayo en los países latinoamericanos es otro rasgo a destacar del análisis de Blanco y Jackson.

La introducción del elemento literario permite otra comparación que tiene, nuevamente, a San Pablo y a Buenos Aires como ejes y se centra, otra vez, en trayectorias individuales descollantes. Aparecen así las personalidades de Candido y de Prieto. Aquí también la relativa debilidad del sistema brasileño parece haber jugado a favor de la institucionalización académica de una nueva generación de críticos interesados en los métodos de las ciencias sociales, sin pelearse frontalmente con quienes ejercían la función crítica desde diarios y revistas. De hecho, la carrera y la producción del propio Candido pueden ser enmarcadas en la transición entre los dos espacios predominantes de la crítica literaria en Brasil. En Argentina, en cambio, los escritores mantuvieron dominio sobre ese terreno hasta avanzado el siglo xx, resistiendo, con Borges a la cabeza, la autonomización del campo de la crítica. En ese marco, la intervención de Prieto y de otros críticos de su generación apuntaba a establecer el estudio de la literatura como un producto social. El seguimiento de revistas, grupos y personas resulta especialmente rico en este capítulo, lleno de matices y precisiones que ayudan a entender mejor la conformación divergente de formas de análisis literario en ambos países.

En otras ocasiones, el deseo de atrapar la diversidad de los procesos sociales, políticos e intelectuales puede distraer al lector de la dirección de un proceso que los autores no quieren perder de vista: el de la consolidación de la sociología como una disciplina académica en las instituciones de educación superior en América Latina. Por suerte, las secciones finales de cada capítulo resumen y recuperan esa dirección y permiten de este modo que cada uno haga sus comparaciones con los contextos que conoce mejor. Así, el libro despliega toda su capacidad persuasiva para sugerir una agenda de investigación a nivel regional y deja, en el caso de quien esto firma, la inquietud por pensar en este esquema las trayectorias de actores locales de tanta proyección internacional como los nombres que aparecen en sus páginas. Queda así planteado el desafío de ubicar en la rica trama que aquí se presenta los derroteros de los uruguayos Carlos Real de Azúa, Ángel Rama y Aldo Solari, por mencionar solo tres que cruzaron sus carreras con las de Germani, Candido, Prieto y Fernandes («los cuatro ases» de esta partida, según el título de las conclusiones).

Para terminar, volvamos a resaltar la capacidad de Blanco y Jackson de iluminar las múltiples influencias, los permanentes cruces y la variedad de caminos que se desplegaba justo cuando parecían cerrarse los que habían llevado a las encrucijadas planteadas en su estudio. Una sola, abierta hacia el final del tramo por ellos abordado, parece quedar en injustificada penumbra. Si bien mencionan un par de veces los efectos del ascenso autoritario en la región, no recibe tratamiento específico la concomitante radicalización de una nueva generación de cientistas sociales (los que se apartaron de la modernización y los desarrollismos hacia la teoría de la

dependencia, por poner un caso) manteniéndose de todos modos fieles a la preocupación metodológica de sus maestros. Sin desbordar los límites cronológicos de su análisis, esta última inflexión podría contribuir, además, a pensar el establecimiento de una red regional que, más que un abordaje comparativo, clama por una comprensión transnacional. Léase este reclamo como producto de la avidez que despierta la enorme riqueza conceptual y la abundancia de información pertinente en este libro de lectura ineludible para todos los interesados en la historia intelectual de América Latina.

Vania Markarian
Universidad de la República